

# ANTE EL NUEVO CICLO HEGEMÓNICO NEOLIBERAL

Pese a que la imprevisión de la coyuntura conspira contra un examen acabado, consideramos necesario abrir esta edición de Encuentro de Saberes con una referencia a la situación actual de América Latina, cuyo común denominador es la crisis de los llamados gobiernos posliberales o progresistas. Junto con la conclusión o, según el país, la crisis de las administraciones posliberales, se consolida la avanzada conservadora y neoliberal en el subcontinente. Muchas organizaciones sociales –y en particular aquellas que atribuyen a la educación un lugar central– que habían apostado a construir junto con esos gobiernos, pasan hoy a preguntarse cuánto hubieron ganado y cuánto perdido con aquella apuesta. Aún aquellas organizaciones que se habían esforzado en mantenerse al margen de las gestiones “progresistas”, se encuentran ante una coyuntura que ven con preocupación. Ante la situación actual, unas y otras coinciden ahora en criticar abiertamente las experiencias posliberales, señalando sus falencias para evolucionar en el sentido deseado por ellas hacia un horizonte genuinamente autónomo, liberador, popular o socialista, según sea el adjetivo que se prefiera. Tal parece ocurrir en los casos de Bolivia y Venezuela o incluso en Brasil. Allí sectores que pretendieron radicalizar y democratizar algunos sectores del frente de experiencias “progresistas” se muestran cada vez más dispuestos a criticar el electoralismo, el burocratismo y el clientelismo de las fuerzas oficiales y su renuncia o su fracaso en ir más allá. Pese a la sustitución de la hegemonía populista por otra neoliberalrepublicana, quizá la disyuntiva no sea tan distinta a la de años recientes, como lo sabemos desde las organizaciones que hemos disputado con el estado tanto bajo las gestiones del PRO en la ciudad de Buenos Aires como las del kirchnerismo en los niveles provincial y nacional.

Más allá del perfil generalizadamente liberal y tecnocrático del nuevo gobierno nacional de Pro en Argentina, su plan más notable está en la economía, de donde espera lejanas repercusiones en la forma de derrame. Su firmeza y su claridad están justamente en la política económica y en la política exterior, con una vinculación más estrecha con las instituciones representativas de capital financiero transnacional, con el gobierno de los Estados Unidos y el bloque económico europeo. Otras áreas –y la educativa está entre ellas– tienen una prioridad secundaria y existe en ellas quizás una flexibilidad mayor e ideas más variadas, aunque esto no quiere decir que el gobierno carezca orientaciones y proyectos, los que responden al perfil tecnocrático y neoliberal, algunas de

cuyas muestras se han visto ya en la administración del PRO en la Ciudad de Buenos Aires. Esto se debe en alguna medida a la falta de cuadros políticos propios –que en algunos casos les ha obligado a confiar ciertas dependencias del estado a personal de orígenes y trayectorias a diversos– y de no saber cuánto incidir por el momento en áreas consideradas secundarias. En lo más inmediato, guiado por el imperativo de reducir el presupuesto, es esperable que el gobierno nacional continúe clausurando programas, personal y salarios. Pero más allá de estos recortes, es muy posible que en un cierto plazo se acaricie algún tipo de reforma en el plano de la educación, inspirada en el programa managerialista, neoliberal y privatizador. En lo inmediato, el empeoramiento del cuadro económico en el corto y mediano plazo y el acrecentamiento de la represión que surgirá como respuesta, obliga a las organizaciones sociales a pronunciar la lucha y la resistencia.

Ocurre que la disposición que ha mostrado el gobierno por reprimir la protesta de las organizaciones sociales y de los trabajadores tampoco augura nada bueno para los movimientos sociales a la hora de imponer sus demandas al estado, a lo que se agrega que varias de sus medidas resultan repudiables en términos generales. Aunque varias iniciativas de los movimientos sociales parezcan ser compatibles con la mirada pluralista de la sociedad civil y puedan ser consideradas un aligeramiento del presupuesto, y aunque los sectores en el gobierno neoliberal puedan verlas como experiencias asimilables a la descentralización, eficiencia y democratización que son sus lemas preferidos, lo cierto es que la coyuntura invita a las organizaciones sociales y a las fuerzas políticas populares a acrecentar el compromiso político –que es marca de nacimiento de la educación popular y está en las antípodas de la neutralidad que presupone el pluralismo liberal– y la definición política de cara a un gobierno con el que han de continuar negociando y han de enfrentar para avanzar en reivindicaciones que no se limitan a las más estrechas e inmediatas sino que incluyen las de los docentes como trabajadores, de una educación pública y popular y de una sociedad realmente democrática, un estado soberano y una economía basada en la igualdad, la cooperación y la justicia. Se trata una vez más de no guardarse en la utopía aislada, en la que toda experiencia concreta se arriesga a ser devorada, institucionalizada y/o despolitizada, y de precisar los alineamientos políticos en el marco de agrupamientos de distintos niveles, como lo son por ejemplo el Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas, los sindicatos docentes o la Confederación de Trabajadores de la Argentina. Hay un considerable espacio ganado que debe ser reconocido forzosamente por el nuevo gobierno y especialmente en una coyuntura en que todo apunta a formar un frente común contra los gobiernos neoliberales. En esto mucho tiene para decir el movimiento de la educación popular latinoamericana. Un exponente pasado y presente de este movimiento, el brasileño Carlos Rodrigues Brandão, ha señalado recientemente que la educación popular está hoy notablemente viva en América Latina e incluso más allá, en la forma de múltiples construcciones políticas locales con horizontes transformadores.